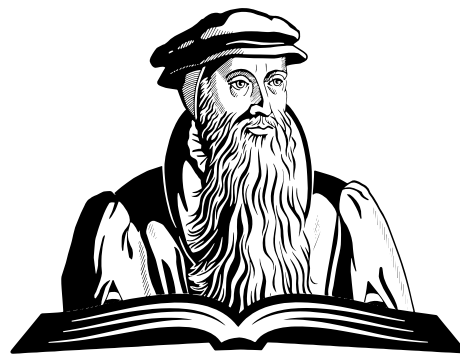

MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: DÍEZ MANDAMIENTOS

LECCIÓN 18: LA LEY EN LA ETERNIDAD

Ponente: Pastor A.T. Vergunst



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Pastor A. T. Vergunst es un ministro del Evangelio y tiene planes de servir la Congregación Reformada de Carterton, New Zealand en junio del 2020. Actualmente sirve en la Congregación Reformada Neerlandesa de Waupun, Wisconsin, USA.

www.nrcwaupun.org
www.rcnz.org

Módulo

DÍEZ MANDAMIENTOS

18 LECCIONES

PASTOR A.T. VERGUNST

1. Introducción
2. El Dios de la Ley
3. El Paraíso y la Ley
4. Jesús y la Ley
5. La Ley y el Pecador
6. La Ley y el Santo
7. La Ley en el Monte Sinaí
8. El Primer Mandamiento
9. El Segundo Mandamiento
10. El Tercer Mandamiento
11. El Cuarto Mandamiento
12. El Quinto Mandamiento
13. El Sexto Mandamiento
14. El Séptimo Mandamiento
15. El Octavo Mandamiento
16. El Noveno Mandamiento
17. El Décimo Mandamiento
- 18. La Ley en la Eternidad**

Lección 18

LA LEY EN LA ETERNIDAD

Y Dios habló todas estas palabras, diciendo...Así es como comienzan los Diez Mandamientos según lo registrado por Moisés. Después de la proclamación majestuosa, desde la cima de una montaña humeante, Dios mismo escribió los Diez Mandamientos sobre dos tablas de piedra. Aunque hoy las tabletas de piedra están perdidas, su significado no debe ser perdido en nosotros. Estaban destinadas a ser permanentes. Siguen siendo el reflejo de la perfecta voluntad y el Ser de Dios. Declaran cómo es realmente el amor en nuestra devoción a Dios y a nuestro prójimo. Pero ¿cuál será el lugar y el contenido de la Ley cuando Jesús abra paso al nuevo mundo bajo un nuevo cielo? ¿Pasará la Ley del monte Sinaí a la historia?

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 18

Bienvenidos, queridos amigos, a la última lección de nuestra serie sobre la Ley de Dios. Llevará el título: La Ley de Dios en la eternidad. En nuestra travesía para estudiar la Ley de Dios, espero que recuerdes que comenzamos observando y considerando la gloria del Legislador y Su relación con la Ley. Descubrimos que la gloria de Dios nos es revelada no solo a través de la creación, el mundo material, sino también de manera moral en la belleza de Su santa Ley, en las Escrituras a menudo celebradas como la hermosura de Su santidad (1ª Crónicas 16:29, Salmo 96:9).

Cuando finalmente llegamos a considerar la Ley en sí, notamos que incluso en el libro de la Ley, algo poco común para los libros de leyes, la gloria de Dios brillaba en varios puntos. Comienza desde el preámbulo, cuando el Señor nos recuerda el contexto de gracia en el que nos ha dado la Ley. En el segundo mandamiento aparece a través de la palabra misericordia, en la cual Él promete misericordia, aunque no cumplamos perfectamente la Ley. Nadie la cumple. En el quinto mandamiento hablaba de la promesa de una vida prolongada y bendecida cuando honramos el quinto mandamiento.

Entonces, de eso aprendimos a ver que la Ley de Dios no es solo un rígido libro de reglas de lo que se debe y no se debe hacer de un Rey soberano que nos dice: “Así es como quiero que vivan”. No, hemos visto que la Ley es el libro de reglas para proteger la relación entre Dios y nosotros y entre nosotros y los demás. Esa fue la intención original de la santa Ley de Dios. También está para definir la relación que tenemos entre nosotros. Las Leyes de Dios, por lo tanto, no son simplemente para ser obedecidas en aras de la obediencia o la sumisión. En la Ley, Dios declaró Su amor y preocupación y, además, revela cómo podemos vivir en esta tierra, disfrutando de la belleza de la vida y la belleza de nuestra existencia dentro de Su universo. Jesús lo expresó muy brevemente en una corta declaración en Juan 13, cuando después de uno de Sus hermosos ejemplos de Su amor devocional, escribe: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (versículo 17).

Estas cosas de las que habla Jesús eran el amor devocional que mostró a Sus discípulos cuando les lavó los pies, no solo a Sus devotos discípulos, sino también los pies de Judas Iscariote. Bienaventurados si hacemos estas cosas. Y eso se relaciona con lo que aprendimos sobre la santidad de Dios, no solo para definirla como sin pecado, aunque esa es una buena definición. La santidad es más que eso. Es la palabra para describir el amor devocional de Dios que es puro y exclusivo y que es intenso y permanente. Y este carácter del amor devocional de Dios es la esencia de Su ser y también es, en cierto sentido, la esencia de la Ley. Como Jesús nos enseñó, la Ley, los Diez Mandamientos, se resumen en una palabra: amor.

Ahora, nadie amó tan perfecta o devocionalmente como el Señor Jesucristo. Pero allí vemos el alcance de lo que significa el amor. Amar a Dios devocionalmente significó que Él tomó la copa de Su Padre y la bebió hasta el fondo, y amar a tu prójimo como a ti mismo significó que entregó Su vida y eligió el infierno sobre el cielo para mostrar el alcance de la devoción. Entonces, recordemos una y otra vez que lo que aprendimos es que el amor es la esencia. Jesús le recordó eso a los fariseos y, lo aprendimos en una de nuestras lecciones, cuando implicó que amar a nuestro prójimo y amar a Dios es más que todas las ofrendas quemadas y sacrificios, como uno de los escribas dedujo de Sus anteriores enseñanzas (Marcos 12:33), más que cualquier expresión religiosa.

Entonces, después de estudiar con cierta profundidad al Legislador, hemos pensado en los primeros humanos en el Paraíso. Vimos que conocían la Ley de Dios, la original, tal como se encontraba escrita en sus corazones. Y concluimos eso a partir de lo que leemos en Romanos capítulo 2, donde Pablo escribe sobre el hombre. El hombre caído, incluso en estas condiciones caídas y sin el conocimiento de la Ley de las Escrituras, la humanidad revela las marcas o los relucientes restos de lo que anteriormente estaba allí. Podemos leerlo en Romanos 2:14, cuando Pablo se refiere a los gentiles que, a pesar de no tener la Ley, hacen las cosas que están escritas en la Ley hasta cierto punto, mostrando así la obra de la Ley escrita en sus corazones. Incluso sus conciencias los están molestando por las cosas que hacen o no hacen.

Esa primera lección sobre el primer Adán nos llevó a considerar al postrer Adán, Jesucristo. Vino al mundo como un ser sin pecado y enseñó que no vino a destruir, cancelar, cambiar o reescribir la Ley, sino que vino a cumplirla. Así que estudiamos, al mirar la vida de Jesús, cómo se veía cumplir la Ley. Hay varios aspectos de esa palabra, pero lo que es más relevante para el tema de hoy, es el aspecto de que cumplió la Ley al vivir los detalles en la obediencia y el servicio a Su Padre y a Su prójimo. Esa conexión para tus propias devociones personales, si vas a 1ª Corintios 13, el gran capítulo sobre el amor, lo lees una vez y sustituyes la palabra amor por la palabra Jesús y obtienes el retrato más completo del amor; como era Jesús y como deberíamos ser nosotros.

Ahora, en esta última lección, quiero explorar qué significa esa Ley en la eternidad. ¿Cuál será el estado de la Ley de Dios cuando haya reunido a Sus escogidos en un cielo nuevo y una tierra nueva? ¿Dios reemplazará entonces la Ley? ¿Será reescrita o ajustada a un mundo nuevo, o la Ley original seguirá vigente? Mi conclusión es, después de estudiar la Palabra de Dios en relación a este tema, que la Ley original que fue escrita en el corazón de Adán y Eva y que vivió brevemente en el tiempo de la perfección en el Paraíso seguirá siendo la Ley que regirá a la humanidad redimida y renovada en una tierra nueva. Esa Ley que fue reescrita, al menos en sus etapas iniciales en el corazón de los hijos de Dios en la regeneración y santificación, será la Ley en perfección cuando Dios traiga a Su pueblo al nuevo mundo. Así, en mi conclusión, quiero apoyar con siete evidencias esta Ley en la eternidad como la Ley permanente y eterna para el pueblo redimido de Dios. ¿Cuáles son estas evidencias?

Tengo siete, la primera se remonta a esa simple declaración de que Dios escribió con Su propio dedo la Ley en dos tablas de piedra. Amigos, ninguna parte de la Escritura ha sido escrita con el dedo de Dios en dos tablas de piedra. No lo delegó. No permitió que nadie más hiciera eso. Él mismo lo hizo para declarar la importancia e, indudablemente, para declarar simbólicamente la permanencia de la Ley de Dios. Moisés falleció; Aarón falleció y los israelitas que estaban alrededor del monte Sinaí fallecieron, pero la Ley de Dios hoy permanece para siempre. Creo que, no sin una razón, encontramos en las Sagradas Escrituras siete veces registrado que Dios escribió los Diez Mandamientos con Sus propios dedos en dos tablas de piedra. Ese es mi primer argumento.

Mi segunda evidencia de esta esperanza o de esta convicción de que la Ley en la eternidad será la misma es que la Palabra de Dios registra Su promesa de pacto a Su iglesia escogida en Jeremías 31:31-34. Sin leer todo el pasaje, permítanme sacar al menos algunas declaraciones. Dios dice: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres; porque ellos invalidaron mi pacto. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días,

dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande”.

¿Qué ley sería esa? ¿Qué ley escribirá Dios en los últimos días en los corazones de Su pueblo? ¿Será una ley diferente a la que escribió sobre el corazón de Adán y Eva? Ya consideramos eso cuando miramos la Ley de Dios y el santo. Ahora amigos, ¿escribiría Dios la Ley de los Diez Mandamientos para reescribirla o cambiarla en Su pueblo cuando estén en la gloria y realmente deshacer lo que había escrito en sus corazones cuando hayan llegado a la habitación eterna? No. Las Escrituras registran que la fe pasará y que la esperanza terminará, ya no será necesaria, pero el amor permanece para siempre, y el amor es la suma y sustancia de la Ley de Dios.

El tercer apoyo es que la Palabra de Dios registra la enfática enseñanza de Jesús sobre la permanencia de la Ley de Dios en Mateo 5:18. Él dice allí: “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. Qué irrazonable seríamos si concluyéramos que después de que el cielo y la tierra presentes hayan pasado literalmente, entonces también la Ley de Dios pasará. Eso implica un cambio en el carácter de Dios. Eso implica un cambio en el reflejo de la Ley de Dios y eso no es necesario ni posible. Por lo tanto, solo podemos concluir que esa misma Ley también estará más allá de este cielo y tierra. Eso me lleva a mi cuarta evidencia de apoyo: la Palabra de Dios profetiza la venida de un cielo nuevo y una tierra nueva.

En 2ª Pedro y en el libro de Apocalipsis, se dieron profecías sobre un cielo nuevo y una tierra nueva. Ahora, la palabra nueva en griego tiene el significado de algo renovador, algo que está deteriorado o débil o viejo hecho nuevo, no completamente nuevo y reemplazado por algo totalmente diferente, sino algo que ya estaba allí y que es renovado. Una ilustración para comprender esa palabra es referirnos a nuestra regeneración cuando Dios nos da un nuevo corazón. Ese nuevo corazón no es una persona totalmente nueva. Es un corazón y una persona que Él regenera y renueva. Él elimina el pecado, elimina los resultados de la caída, y seremos la misma persona sin pecado. Y esa es la palabra nueva que se refiere a la nueva tierra y al nuevo cielo.

Pedro agrega que en esa tierra nueva y cielo nuevo, que es este lugar renovado, habita la justicia. Ahora, justicia es una palabra clave en el Antiguo y Nuevo Testamento. Significa tener razón y hacer lo correcto. Es estar conformado a un estándar de justicia, y esa justicia no es más que la Ley de Dios. Esa fue la justicia de Jesucristo que obedeció la Ley en todo lo que era y todo lo que hacía. ¿Es razonable concluir que la palabra justicia que habitará allí será el entorno del cielo nuevo y una tierra nueva para ser una justicia diferente de la que estamos leyendo en las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la obra de la gracia?

La Palabra de Dios, en quinto lugar, nos da más información sobre la condición de la tierra nueva y el mundo nuevo en una hermosa y conmovedora profecía en Isaías 11:6–9. Déjame tomar un momento para leer estas conocidas palabras sobre el lobo que habitará con el cordero. Eso es inusual. “El leopardo con el cabrito se acostará”. No está sucediendo hoy. “El becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”.

Ahora, esta hermosa profecía no está hablando de un zoológico celestial, sino que está hablando de la condición que prevalecerá allí cuando Dios haya renovado la tierra. Los animales deben considerarse como imágenes de diferentes personajes, diferentes personas, diferentes personalidades. Las diferencias de hoy son a menudo la causa de la fricción en nuestro mundo pecaminoso. Los fuertes dominan a los más débiles. Los audaces amedrentan a los tímidos. Hay un comportamiento destructivo, competencia sucia, murmuración punzante. Duele y destruye. En la gloria celestial no habrá nada de eso.

Nadie se quejará de tener muy poco o ser muy pequeño. Habrá una satisfacción. Habrá una unión. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte. Lo que hoy lamentablemente desfigura en ocasiones al pueblo de Dios en la iglesia, cuando los hermanos no pueden convivir juntos, no será el caso allá. Y el lobo y el cordero habitarán juntos. ¿Y por qué? Porque el conocimiento de Dios llenará a todos como las aguas cubren el mar. ¿Y qué conocimiento es ese? Ese no es solo el conocimiento acerca de Dios, el conocimiento de Su Persona o de Su gloria, sino también el conocimiento de Su Ley reflejada en el amor devocional mutuo.

Y eso me lleva a mi sexta evidencia. La Palabra de Dios define que el propósito final de la salvación es la santidad completa. En 1ª Pedro 1:15–16, los santos de Dios reciben la dirección: “Sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir”. Jesús ordena a Sus discípulos: “Sed perfectos”, no solo actúen de manera perfecta, sino también sean perfectos, en su ser interior como vimos antes en el décimo mandamiento. Bueno, eso es inalcanzable en esta vida, pero no es inalcanzable en la vida venidera. ¿Por qué no? Porque Dios prometió que finalmente logrará el propósito completo de la obra de salvación.

¿Y qué es eso? Romanos 8 nos dice: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (versículo 29). El propósito final de la obra restauradora de Dios es restituir lo que había en el Paraíso en perfecta conformidad y reflejo de Dios y Dios renovará a Sus hijos en la total conformidad con el Hijo de Dios como se ve en Jesucristo. Nuevamente, Efesios 1:4 apoya esto cuando dice: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor”. Ahí está otra vez la palabra amor, el reflejo devocional de la gloria de Dios.

Mi última evidencia, amigos, es que la Palabra de Dios registra que Jesús es exaltado hoy como la Cabeza de su Iglesia. Pablo escribe que Su iglesia “es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:23). Toda la iglesia está unida a la Cabeza, Jesucristo. Esta Cabeza, que cumplió la Ley de Dios en la tierra, ¿no la cumplirá en la gloria celestial? Sugerir lo contrario a eso es blasfemo. Pero si Él es la Cabeza, ¿se unirá a un cuerpo que tampoco es perfecto en el reflejo de la gloria de Dios? ¿Habrá desunión entre la cabeza y el cuerpo? Escucha las palabras de Cristo en la oración de Juan 17 cuando dice: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad... para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (versículos 19 y 21). ¿Se puede percibir eso sin ser uno en el reflejo de la gloria de Dios como se ve en la Ley?

Amigos, cuando lleguen a la gloria, todos los santos de Dios habrán alcanzado la perfección que el apóstol Pablo anhelaba tan fervientemente cuando dice: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:20–21). ¿Y cómo se logrará eso? Según Su poder, mediante el cual puede someter todas las cosas a Sí mismo. Entonces Pablo nunca tendrá que volver a decir: ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:24).

Bueno, estas siete evidencias respaldan la opinión de que la Ley de Dios permanecerá para siempre para ser la Ley en el nuevo mundo. Los redimidos en este nuevo mundo mostrarán para siempre la verdad y la revelación de la belleza de la santidad de Dios. El cielo comienza donde termine el pecado y el pecado termina cuando seamos conformados a la imagen de Dios, el Legislador. La gracia es la gloria iniciada, y la gloria es la gracia perfeccionada. O para decirlo de otra manera, la gracia es el grado más bajo de gloria y la gloria es el grado más alto de gracia.

Y eso nos lleva a un cierre, no solo a esta lección, sino a todas nuestras lecciones sobre la Ley de Dios. Mi oración ha sido que estas lecciones se puedan usar en ti como Dios las ha usado en mí; ha aumentado mi admiración y mi adoración a Dios al revelar Su hermosura, Su belleza de santidad en Su Ley. También ha profundizado mi comprensión de la intención principal de obediencia a la que Dios nos llama y que es, amar como Él, como Jesús. También me ha convencido, más que nunca, de lo imposible que es para nosotros ser salvados por nuestra propia cuenta. Necesitamos al Señor Jesucristo.

Ahora, déjame concluir dirigiéndote a dos respuestas en el Catecismo de Heidelberg. Y la primera es la Respuesta 114 que plantea: ¿Pueden guardar perfectamente estos mandamientos los que son convertidos a Dios?” La respuesta es pastoral y bíblica. Dice: “No, porque incluso los más santos, en tanto estén en esta vida, no cumplen más que con un pequeño principio de esta obediencia. Sin embargo, empiezan a vivir firmemente no sólo según algunos, sino todos los mandamientos de Dios”. Esa es una respuesta pastoral y bíblica. “Entonces, ¿por qué, (esa es la siguiente pregunta), debemos estudiar los mandamientos?” ¿Por qué debemos profundizar nuestro conocimiento de la Ley como lo hemos hecho en estas últimas lecciones sobre la Ley de Dios y las anteriores que condujeron a ella? Aquí está la respuesta 115 del Catecismo de Heidelberg. El motivo de estudiar y buscar, aunque no podamos guardarlos, es “primeramente, para que durante toda nuestra vida conozcamos más y más, cuán grande es la inclinación de nuestra naturaleza a pecar, y así busquemos con más fervor la remisión de nuestros pecados y la justicia de Cristo. Después, que nos apliquemos sin descanso a suplicar a Dios la gracia de su Espíritu

Santo, para que cada día seamos más renovados a su imagen, hasta que, después de esta vida, alcancemos la perfección que nos es prometida”.

Y todo lo que deseo decir, amigos, sobre estas palabras del resumen de la enseñanza sobre el Catecismo de Heidelberg y sobre todas las enseñanzas anteriores de esta lección, es amén y amén. Que Dios los bendiga.

